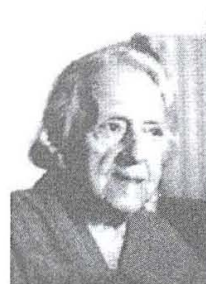


RAÍCES CLÁSICAS DEL PENSAMIENTO ACTUAL: LA FILOSOFÍA DE MARÍA ZAMBRANO

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

El año 2004 es el centenario del nacimiento de María Zambrano. Por ese motivo se han preparado varios congresos internacionales y actos conmemorativos, en los que se estudiará su vida, su obra y las influencias que su pensamiento ha ejercido en las más jóvenes generaciones. De ellos ya hay anunciado uno en Segovia, otro en Vélez-Málaga y otro en Morelia (Méjico). Sea este breve artículo un primer homenaje que se suma al recuerdo de tan apasionada y apasionante escritora.



María Zambrano (Vélez-Málaga, 1904 - Madrid, 1991), hija de maestros, lectora desde joven de autores como Azorín, Ganivet, Maeztu, Baroja, Antonio Machado, León Felipe, Lorca o Unamuno, licenciada en Filosofía bajo el magisterio, entre otros, de Ortega, Zubiri, García Morente y Besteiro, profesora auxiliar de Metafísica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, no pudo leer su Tesis “La salvación del individuo en Spinoza”, dirigida por Ortega, a causa del estallido de la Guerra Civil (18-VII-1936) y de su posterior exilio (28-I-1939). Al regresar (20-XI-1984) recibió varios premios (Príncipe de Asturias, Cervantes...) y el Doctorado *Honoris Causa* por la Universidad de Málaga que le había sido concedido en 1982. En medio quedaba la larga travesía del destierro llena de sinsabores, penalidades y frustraciones.

Su primer artículo, dedicado a los problemas de Europa, fue publicado en la revista de antiguos alumnos del Instituto San Isidro en 1914, cuando contaba sólo diez años. Desde 1928 publicó en el periódico *El Liberal*, un artículo en la sección “Mujeres”, además de colaborar en otros diarios y revistas de la capital y de Segovia. En 1930 apareció su primer libro: *Horizonte del liberalismo. El nuevo liberalismo*.

La obra de María Zambrano está recogida –hasta ahora– en unos cuarenta libros de ensayos, muchos de los cuales habían sido publicados sueltos en periódicos y revistas especializadas, varios centenares de artículos, cartas, prólogos a

libros de otros autores y, parcialmente, algunos cursos de Filosofía impartidos en América. Quedan, no obstante, muchos manuscritos sin publicar, de los que van apareciendo algunos como los incluidos en el reciente libro editado por Mercedes Gómez Blesa, *Unamuno* (Barcelona, edit. Tema, 2002, cinco escritos ya publicados y uno inédito), o las seis cartas al poeta Luis Álvarez-Piñer en 1935-36 que publican Maite Álvarez-Piñer Méndez y María Milagros Rivera Garretas en *Duoda*, (Barcelona) 2002, nº 23, pp. 205-218, bajo el título “María Zambrano: el pleito feminista...”

Puede parecer un atrevimiento que este artículo se titule como lo hemos hecho, “Raíces clásicas en el pensamiento actual...”, pero entendemos que María Zambrano ha colaborado con su obra y con su vida a que el pensamiento del hombre actual esté donde está, en la vanguardia de una actitud nueva que propone una razón original, no violenta, que dé cuenta de este mundo, de este hombre, de su origen y de su destino, sin menospreciar otras capacidades del hombre, que por el hecho de que éstas sean menos racionales, menos lógicas, ello no debe implicar que deban ser condenadas al olvido. Zambrano denominó su propuesta con el lema de la “Razón Poética”, y se esforzó durante sesenta años de continua reflexión en hallarla, en concretar su método y, a la vez, en superar críticamente las otras razones que sus maestros le habían enseñado: la razón trágica de Unamuno,

la razón vital e histórica de Ortega y la razón sentiente de Zubiri. Ninguna de éstas era suficiente para el hombre actual, porque ninguna de ellas había sido capaz de impedir las tragedias de ese hombre del siglo XX: guerras civiles, guerras mundiales, violencia, terrorismo, discriminación social, racial y de sexo, etc.

En cuanto a lo de “raíces clásicas” se justifica con numerosos ejemplos. Entre ellos los siguientes. Su pensamiento lo preside una idea de Amor, con mayúsculas, una idea de *Eros*, idea que había aprendido con su maestro Ortega, quien a su vez la había tomado de Platón, y que ella completará con otra idea griega, *órexis*, ‘anhelo’, ‘apetito’, ‘tendencia’, que es reflejo paralelo de aquella otra imagen orteguiana del Arquero, que, dando un paso atrás para asegurar firmemente su posición, tensa mejor el arco para que la flecha alcance un objetivo lejano que la vista humana no distingue con exactitud. Amor (*Eros*) y *órexis* (anhelo, aspiración) son, como se puede observar, dos conceptos griegos que Zambrano repite en su búsqueda de un método más adecuado para encontrar esa otra razón nueva que llamará Razón Poética. También “Poética” es palabra griega, que usada en sentido originario, etimológico, significa “creadora”, porque para Zambrano “Razón Poética” quiere decir “Razón Creadora”. Razón, por otro lado, el primer concepto, que es traducción del término latino, *ratio*, con sentido de ‘contar’, de ‘dar cuenta de’, ‘dar razón de’, que traducía el tér-

mino griego *lógos*, inusual como forma simple en nuestra lengua. Porque, en definitiva, Zambrano aspira a dar cuenta de la realidad, del ser, y de un ser en el que se logre la identidad de su esencia y de su existencia; y como esta explicación aún no ha sido lograda en la filosofía, ella, día tras día, se esfuerza en encontrar el camino, en buscar entre los claros del bosque, en la oscuridad de los íferos, una aurora, una nueva luz, una nueva interpretación que no sea sólo metafísica, sino vital, pensada y sentida, experimentada, “existida”.

Mas las raíces clásicas del pensamiento zambraniano no se limitan a cuestiones léxicas, sino que están en sus ideas. En efecto, sus estudios universitarios de Filosofía y Letras, sus lecturas poéticas, novelísticas, dramáticas y ensayísticas, su compromiso político (republicano y liberal) y social (liberación del oprimido frente al poderoso y de la mujer frente al abuso del varón), le llevaron a comprender que la Filosofía había llegado a un punto donde era absurdo proseguir sin una rectificación: todos los cauces de la Filosofía desembocaban siempre en Tragedia. Tragedia, otra raíz griega que Zambrano utiliza con sus acepciones clásicas: la fatalidad que acarrea al hombre la necesidad de elegir entre dos (o más) opciones, cuyas consecuencias desconoce, aunque crea conocerlas; mas su conocimiento de la realidad es sólo una apariencia, una máscara (de tragedia). En cambio, la auténtica verdad, la realidad misma sólo se le revela,

sólo se le aparece después del dolor, del sufrimiento, del *padec*-imiento trágico (a través del latín, gr. *páthos*, es otro término reiterado en sus escritos). Así Zambrano se ha introducido, casi sin querer, en lo más profundo del alma helénica, en su mitología, a través de la expresión dramática de ese espíritu, el de las tragedias, donde se produce en pleno siglo V a. C. la grave tensión entre dos planos del hombre: por un lado, el del pensamiento, favorecido por la Sofística, que aspiraba a la conquista del poder por medio de la persuasión, y por la Filosofía, que aspiraba a la verdad por medio del *lógos*; por otro lado, el plano de los sentimientos y creencias tradicionales. Debatiéndose entre esos dos planos el hombre griego se esforzaba en comprender la vida y su destino entre una nueva forma de pensamiento, la racional o *lógica*, y la tradicional, poética y mítica, religiosa y ancestral. Pero no podía. La realidad de los hechos le superaban, lo contradecían; ese hombre griego caía en continuas incoherencias y desengaños. La razón nueva, el *Lógos* no servía, porque seguía anclado en un trasfondo mítico y religioso del que no se podía liberar. Razón (*lógos*) y mito (*mythos*) pugnaban en las tragedias griegas como Zambrano nos expone en numerosos ensayos: “Delirio de Antígona”, “Prólogo a La Tumba de Antígona”, “La tragedia: Edipo y Antígona”, “Goethe y Hölderlin”, “La ambigüedad de Cervantes: El conflicto de ser hombre. Tragedia y Filosofía”, “La religión poética de Unamuno: El com-

bate”, “Diotima de Mantinea”, “La hermana”, “La destrucción de las formas”, “Un descenso a los infiernos”, “La confesión: género literario”, *El hombre y lo divino*, el drama *La Tumba de Antígona*, etc. Veamos uno de esos pasajes en los que describe una parte del conflicto:

Debió existir un instante de máxima perplejidad y soledad, que revivimos en nuestra vida diaria involuntariamente: se presenta sin saber por qué en una tarde llena de sol que de repente se queda vacía y lo que nos rodea aparece como desposeído de su fuerza vital, de su conexión con nosotros. Se quiebra, sin que sepamos por qué causa, esa especie de magia que nos mantiene encadenados a nuestro contorno, y nos sentimos solos “frente” a un mundo solidificado. Porque las cosas son la decadencia de lo sagrado, de las fuerzas mágicas que nos hablan y que nos miran, nos amenazan y nos protegen. Y preguntar por su ser supone haber preguntado, haberse extrañado por algo que se ha ido. Pero este instante de soledad que da nacimiento a la filosofía dio también nacimiento a la tragedia. Es la soledad del hombre que se siente confundido frente a su destino. Los dioses le hablan claramente pero le piden cosas ininteligibles. La piedad, es decir, la relación con los dioses, se hace contraria a las leyes del Estado, como en *Antígona*, o manifiesta un absurdo que contraría lo más sagrado de la ley natural, como en *Edipo*. Los dioses de quienes emanan las leyes enredan en su trama al individuo elegido, le inspiran delirios como a Áyax, mandatos como a Orestes, y dejan luego suelta la justicia de las Erinnias o la cólera del mismo Zeus. ¿Cómo entenderlo? / Es la ley del sufrimiento humano, su condena, que es al mismo tiempo su esperanza. Obedecer a los dioses, aun en el absurdo, es el único camino para rescatarse algún día. Y entonces el héroe de la tragedia alcanza como suyo eso que al principio en el mito parecía sólo reflejo de los dioses: “santidad” o, al menos, la inmortalidad de la fama. / Si por el camino de la filosofía, es decir, de la soledad llena de trabajo, el hombre llega a apropiarse de un poco del conocimiento que sólo al dios pertenece; por el padecer sin medida, se apropia de un poco de su santidad, de su inmortalidad. Es el doble camino por el que la criatura extraña llega a tener un ser. (*España, sueño y verdad*: “La ambigüedad de Cervantes. El conflicto de ser hombre: Tragedia y Filosofía”. Madrid, edic. Siruela, 1994, pp. 20-21).

La Tumba de Antígona es su único drama, en el que nos presenta a la heroína tebana, encarnación de las inquietudes propias de Zambrano, como símbolo de la conciencia del hombre, autora, por tanto, de otro regalo para el hombre, como antes lo fuera el del fuego de Prometeo. En efecto, Antígona es la explicación y el origen del pensamiento filosófico de Zambrano, porque sin el don que la hija de Edipo regalara al hombre universal al ser enterrada en vida, sin la conciencia de sí mismo,

la libertad de pensamiento no tendría lugar: esa conciencia de sí misma significó una doble conquista: Antígona actuó frente a la razón de la fuerza, la Razón del Poder, encarnada por Creonte cuando sometía al hombre a sus tiránicos preceptos, y actuó frente al mito, frente a la Razón mítica, que lo esclavizaba en lo espiritual. Antígona, pues, la enterrada sin conocer esposo ni hijos, la sacrificada virgen y casta, da a luz a un hombre nuevo, el hombre con conciencia, moderno, actual, cuya libertad sólo está limitada por las leyes no escritas, que hereda de una tradición ancestral y son consideradas divinas. Y divinas no porque procedan necesariamente de un dios o de los dioses, que no se excluye esa posibilidad, sino porque están dotadas de contenidos sagrados, impenetrables para la razón, accesibles sólo a los iniciados por otra vía no racional, mística y poética. Esas leyes no escritas, divinas, garantizan la igualdad de todos los hombres, varones y mujeres, niños y ancianos, y respetan los papeles que la naturaleza les tiene reservados para que convivan en paz, sin guerras ni violencias. Veamos un pasaje como ejemplo:

[*Antígona*] La verdad es a la que nos arrojan los dioses cuando nos abandonan. Es el don de su abandono. Una luz que está por encima y más allá y que al caer sobre nosotros, los mortales, nos hiere. Y nos marca para siempre. Aquéllos sobre quienes cae la verdad son como un cordero con el sello de su amo. [...]

[*Desconocido segundo*] Ha tocado esa parte de la vida de donde, aunque todavía se respire, no se puede ya volver. Mas nunca se irá, nunca se os irá del todo [...] Mientras haya hombres hablará sin descanso, como la ves ahora, en el confín de la vida con la muerte. (*La Tumba de Antígona*, edición en *Litoral. Revista de la Poesía y el Pensamiento*. nº 121-123, 1983, pp. 70 y 83-84).

La dificultad intrínseca a la representación de un drama cargado de simbolismo y de pensamiento filosófico tiene su complemento en el “Prólogo”, en el que explica con detalle el alcance y trascendencia de esa figura trágica. El ensayo es denso y no tiene párrafo superfluo. Valga uno para mostrar su importancia:

Antígona entró en su tumba, según Sófocles, lamentando sus nupcias no habidas. Entra delirando. Y sólo entonces vislumbra, aunque el poeta no lo manifieste, que no le fue consentido tener esposo para que en ella, por su total sacrificio, se deshiciera el nudo familiar y quedase para siempre de manifiesto la diferencia entre la ley de los hombres, la de los dioses y

la ley verdadera que se cierne sobre ellas: la ley por encima de los dioses y de los hombres, más antigua que ellos, y de la que ellos solamente son profecía diáfana, como en Antígona, o en deformada imagen como en toda forma de poder que a ella no se pliegue. Supo entonces que no se le habían consentido las humanas nupcias porque había sido, desde que nació, devorada por el abismo de la familia, por los íferos de la ciudad. Y entonces se desatan al par su llanto y su delirio. Lloro la muchacha –como lloró Juana [de Arco] camino de la hoguera, como han llorado sin ser oídas las enterradas vivas en sepulcro de piedra o en soledad bajo el tiempo. Y el delirio brota de esas vidas, de estos seres vivientes en la última etapa de su logro, en el último tiempo en que su voz puede ser oída. Y su presencia se hace una, una presencia inviolable; una conciencia intangible, una voz que surge una y otra vez. Mientras la historia que devoró a la muchacha Antígona prosiga, esa historia que pide sacrificio, Antígona seguirá delirando. Mientras la historia familiar, la de las entrañas, exija sacrificio, mientras la ciudad y su ley no se rindan, ellas, a la luz vivificante. Y no será extraño así que alguien escuche este delirio y lo transcriba lo más fielmente posible. (“Prólogo” a *La Tumba de Antígona*, *Litoral*, nº 121-123, 1983, p.42).

Es en su “Delirio de Antígona”, donde Zambrano había profundizado en el sentido filosófico de este personaje mítico y que ella, María, pondría como protagonista principal de su único drama veinte años después. Baste un pasaje para comprenderlo. Tras afirmar que Sófocles se equivocó cuando presentó a Antígona suicidándose, porque ella no murió por su propia voluntad, sino víctima del delirio, dice:

Y ¿cómo podría haberse dado la muerte Antígona, la inocente, la niña arrojada viva a los muertos, sin pasar por el infierno? Sófocles, al hacerla morir violentamente, la sustrae a su destino: la inmortalidad. Pues sólo la pureza que ha atravesado el infierno puede ser inmortal. Perséfone, la hija de Deméter, imagen de la primavera, es raptada por el Dios de las entrañas, por el Dios del fuego, y de allí resurge para alegrar la tierra. ¿Es inadmisibles imaginar que Antígona pertenezca a esta estirpe de heroínas primaverales, raptadas por los muertos, por los infiernos, de donde resurgen una y otra vez? Pero Antígona es algo más: es la primavera de la conciencia humana, la pureza de la conciencia y por ello resurgirá una y otra vez de un sepulcro para alumbrar el mundo. Y reaparecerá siempre en forma de muchacha que no ha tenido tiempo de pensar en sí misma, cegada por el amor sin mancha; es decir, por la Piedad. Y es la esencia del misterio de esta perfecta virginidad, que en ella son la misma e idéntica cosa; conciencia y piedad, pues que la conciencia no discierne indebidamente y sólo entiende de lo que es más que justo, de lo justo según la lógica divina. (*Orígenes*. Revista de arte y literatura. La Habana. Vol. III, nº 18, 1948; reedición en Edic. Turner, Madrid, 1992, p. 15 [= 283]).

Ésta es una parte de su “Razón”, la nueva razón superadora de la “Razón trágica” de Unamuno, sin salida, de la “Razón vital o histórica” de Ortega, constataadora de la realidad pero no superadora de ella, y de la “Razón sentiente” de Zubiri, que siente que hay vida y “algo” más...

Mas sólo con Antígona y con cuantos otros personajes de tragedia circulan por la obra zambraniana no se explicaría la fuerza innovadora de su Filosofía. En un recorrido hacia el pasado, Zambrano fue analizando el pensamiento de los filósofos anteriores desde Husserl a Kant, Spinoza, Descartes, Newton, Santo Tomás, San Agustín, Plotino, Aristóteles, Platón, Heráclito, etc. En efecto, el conjunto de ensayos de María Zambrano es un paseo por la historia del pensamiento en busca del error de la Filosofía, en busca de la equivocación del hombre al pensar con *lógica*. Será en Grecia, en los orígenes del pensamiento filosófico occidental, donde la escritora malagueña encuentre ese error. Los presocráticos habían ido desarrollando su *lógos* en un juego dialéctico con el mito, pero su filosofar seguía siendo poético, componían sus pensamientos en verso como Heráclito, Parménides, Tales, Anaxímenes, etc. Cuando aparecieron Platón y Aristóteles, la fuerza del *lógos* actuó con violencia al negar la validez de las otras formas de pensar: uno condenó a los poetas, porque no aspiraban a la verdad, sino al encanto y a la estética; otro condenó a los pitagóricos por su proceder pseudocientífico y sus enseñanzas dogmáticas. Esas condenas fueron decisivas para el arrinconamiento de otras vías hacia el saber, y son esas condenas, según Zambrano, el origen de que hasta ahora Filosofía y Poesía hayan seguido caminos divergentes, y por eso mismo, caminos insuficientes para comprender la realidad. Sólo una evidencia: las condenas de Platón y de Aristóteles fueron tan aplastantes que la Filosofía se alzó como la única actividad intelectual capaz de garantizar el conocimiento de la verdad, actuando con violencia sobre las otras alternativas. Leamos, a modo de ejemplo, un breve pasaje de los muchos que podríamos seleccionar sobre lo dicho:

Hoy poesía y pensamiento se nos aparecen como dos formas insuficientes, y se nos antojan dos mitades del hombre: el filósofo y el poeta. No se encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía. En la poesía encontramos directamente al hombre concreto, individual. En la filosofía al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método. Es en Platón donde encontramos entablada la lucha con todo su vigor, entre las dos formas de

la palabra, resuelta triunfalmente para el logos del pensamiento filosófico, decidiéndose lo que pudiéramos llamar “la condenación de la poesía”; inaugurándose en el mundo de occidente, la vida azarosa y como al margen de la ley, de la poesía, su caminar por estrechos senderos, su andar errabundo y a ratos extraviado, su locura creciente, su maldición. Desde que el pensamiento consumó su “toma de poder”, la poesía se quedó a vivir en los arrabales, arisca y desgarrada diciendo a voz en grito todas las verdades inconvenientes; terriblemente indiscreta y en rebeldía. Porque los filósofos no han gobernado aún ninguna república, la razón por ellos establecida ha ejercido un imperio decisivo en el conocimiento, y aquello que no era radicalmente racional, con curiosas alternativas, o ha sufrido su fascinación, o se ha alzado en rebeldía. (*Filosofía y Poesía*. Madrid, F.C.E., 1987, pp. 13-14).

Es por ello por lo que Zambrano ha profundizado en los orígenes del filosofar y del quehacer poético, con el fin de encontrar en la pureza de ambas actividades una alternativa plausible, aceptable, redentora para el hombre actual y que permita su convivencia sin tanta violencia, sin tantos fratricidios. Naturalmente, la razón filosófica, lógica, ha de proseguir, pero sin exclusión de las otras capacidades del hombre. La Filosofía no puede aspirar a imponer sólo su Razón, su *Lógos*. Igual la Poesía: tampoco puede aspirar a un encantamiento del auditorio o de los lectores, a una estética sólo formal y vacía de espíritu; la Poesía ha de perseguir algo más; ha de ser, como su etimología indica, “creativa”. Es en este momento del desarrollo poético griego, momento de fricción entre Poesía y Filosofía, en el que Zambrano ve también el origen y raíz del problema del hombre, del hombre antiguo y del hombre contemporáneo. La Poesía lírica, hímnica, elegíaca y yámbica, los cantos de tragedia o los ya lejanos cantos épicos habían perdido la fuerza entusiástica y cautivadora que tuvieron en siglos anteriores; ya no gustaban a todo el pueblo, sino a algunos sectores. La Poesía se refugió así en sectas (pitagóricos, órficos...) o se circunscribió a ciertas fiestas, donde se exigía unos requisitos a los iniciados, donde se encubrían las prácticas en cultos y ritos místéricos, donde se castigaba a quienes se atrevieran a revelar los secretos o a incumplir los preceptos. De ahí el interés de Zambrano por poetas como Hesíodo y Píndaro, por himnos órficos, por los misterios de Eleusis, por personajes míticos como Deméter, Perséfone, Orfeo y Eurídice. Algo hay en la poesía auténtica que produce en quienes la experimentan unos sentimientos de profunda vitalidad, que hacen trascender al hombre más allá de la realidad visible y externa

o que lo llevan a los íferos, zonas telúricas, oscuras, donde la razón no tiene cabida, donde la luminosidad solar de Apolo no puede penetrar; a esos antros donde germina el fruto de las semillas, donde nace un nuevo ser, donde el dios muerto (Dionisos) recupera la vida, donde se produce el gran milagro, ahí es a donde el hombre ha de acudir también. Es una experiencia que el hombre siente y que algunos iniciados tienen el privilegio incluso de contemplar cuando el misterio revela; es una visión mística, que no precisa de ninguna explicación racional para aceptar su veracidad. Por esto Zambrano reclama el factor poético del hombre, por esto es necesario redimir a la Poesía de aquella condena platónica, pues con ella se había truncado el factor sagrado de la vida, el carácter divino. Y por eso además Zambrano reclama la atención hacia Pitágoras y su escuela; no por el método dogmático de algunos seguidores, sino por sus ideas creadoras de la armonía, de la musicalidad del universo, del ritmo armonioso que dulcifica la vida, que la hace sentir y participar en una comunidad universal y cósmica de seres, que posibilita, en definitiva, la convivencia. En efecto, Zambrano entiende que las prácticas pitagóricas consistían en un cantar poético y armonioso de su idea de la vida, de sus convicciones y de su respeto hacia esos ámbitos irracionales a los que el hombre no podía acceder con su razón, con su *lógos* solamente; de ahí su carácter igualmente religioso. Por eso Zambrano propone redimir también a los pitagóricos de la condena aristotélica, y por eso han permanecido vinculados con otras manifestaciones helenas de tipo religioso como el orfismo y los misterios eleusinos, como secta, como repudiados. Esas manifestaciones de pitagóricos, órficos, dionisíacos, etc. tenían, pues, su propia *Razón* de ser: implicaban otra dimensión del hombre, generadora de vida, salvadora del alma. Sin embargo, aquella Filosofía primera no pudo aceptarla, sino que trató de suprimirla con sus duras condenas. Léanse los ensayos reunidos en el excelente libro *El hombre y lo divino* y se comprenderá que el hombre más allá de la razón tiene otra dimensión que su razón no alcanza, por lo que no debe ser suprimida necesariamente. El siguiente pasaje, entre los muchos que Zambrano dedica a los pitagóricos, puede probar cuanto venimos diciendo:

Una de las cuestiones a esclarecer de la verdadera historia del pensamiento griego es ésta, dramática entre todas: la incapacidad, o imposibilidad radical tal vez, del pitagorismo para dar nacimiento a la filosofía. No fue el pensamiento filosófico en todo su rigor el fruto del pitagorismo, sino de su desdeñoso antagonista Aristóteles. Sus dones han sido: música y

matemáticas, dos hijas del número, no de la palabra [...] Pues desde la vida inmediata, tal como es sentida por quien siente y sabe tener un alma –acabada de conquistar–, tal como hemos procurado mostrar que les ocurría a los pitagóricos, la aceptación del Motor inmóvil [de Aristóteles] comportaba un sacrificio, el sacrificio de ese alma y su derecho a su doble viaje infernal y sideral; el sacrificio de su “historia”. ¿Será acaso que ningún dios, ni el del puro pensamiento, puede existir sin sacrificio humano? Los pitagóricos se negaron a hacer el sacrificio que exige el Dios del pensamiento; el sacrificio de su historia y de la historia irrenunciable del alma. Quedaron por ello apegados a un pasado vencido: [...] Fue Aristóteles quien ganó en esta lucha... (*El hombre y lo divino: “La condenación aristotélica de los pitagóricos*, Madrid, Siruela, 1991, pp. 76 y 114-5).

Zambrano, por todo ello, nos invita a regresar a Grecia para rescatar lo poético y trágico del hombre, para purificar el sentido filosófico, para re-pensar y re-vivir aquella bélica pugna entre Poesía y Filosofía y poder así superar los extremos incomprensidos de una y otra actividad. Los veinticinco siglos de hegemonía filosófica, de excluyente poder de la Razón, del *Lógos*, de la *Ratio*, han de dar paso a una nueva etapa, a un nuevo hombre en el que sea posible la convivencia, el amor, la existencia, la co-existencia de esas dos dimensiones, el sentimiento y la razón, el *páthos* y lo racional, lo irracional del hombre y su lógica. Es éste el punto de partida de la propuesta de María Zambrano: Una actualidad a las puertas del siglo XXI que ha de arrancar desde los orígenes del hombre occidental, desde los comienzos de su actividad poética, culminada en la Tragedia y desde los comienzos de su pensar filosófico.

No puede finalizar un breve recorrido por el pensamiento de María Zambrano, en el que observamos las raíces clásicas que lo mueven, sin aludir a una etapa y a un autor concretos, porque su olvido implicaría la incomprensión de su obra filosófico-poética y de su vida comprometida con la redención de los oprimidos, con la convivencia y con la ciencia. La etapa es la del Imperio Romano del siglo I d. C.; el autor es Lucio Anneo Séneca. La filosofía y moral estoica del escritor latino nacido en Córdoba explicará el espíritu hispano que se ha ido manifestando en personajes históricos y literarios a lo largo de los siglos, desde un Jorge Manrique hasta un San Juan de la Cruz o Santa Teresa, desde un Cervantes con don Quijote y Sancho hasta un Unamuno. El estoicismo senequista, traspasado al espíritu hispano, es analizado en varios ensayos: *El pensamiento vivo de Séneca*, *Pensamiento y Poesía en la vida española*, *Los intelectuales en el drama de España*. *Escritos de la Guerra Civil* (“Un camino español: Séneca

o la resignación”), etc. Son escritos en los que la actitud resignada de quien no sabe ni puede dar explicación, de quien ya no tiene otra “razón” que dar, salvo contar lo que sucede, manifiestan una situación de desesperanza característica del hombre antiguo de esta época, de la que formaba parte el autor. Séneca, sometido a la única Razón prevalente, la Razón de la Fuerza, la Razón del César Imperator, no podía hacer otra cosa sino renunciar a la vida; no tenía ya esperanza alguna; cuando no cabía ya razón filosófica ni poética, sino sólo la Razón Imperial, una sinrazón más, la única salida, trágica de nuevo, será la muerte, el suicidio, como hicieran los héroes míticos Áyax, Fedra, Hemón y tantos otros. La Poesía había fracasado hacía siglos en sus variadas composiciones; la Tragedia también. Séneca revive a su modo aquellas desgraciadas circunstancias uniendo en su obra Razón y Poesía, pensamientos y sentimientos de desesperación: una razón fundamentalmente moral y una poesía trágica esencialmente existencial. Pero la realidad se imponía a su Lógica y a sus sentimientos; no tenía fe en nada, ni en los dioses ni en sus jefes. Tampoco en sí mismo. El suicidio fue su única respuesta; fue la huida ante una situación angustiada, desesperada, resignada ante la falta de solución, ante la falta de salvación. Unamuno dará otro sesgo a su sentimiento trágico, nos dirá Zambrano; resignado como Séneca, le diferencia su esperanza de encontrarse con un Dios, una esperanza religiosa de la que Séneca carecía. Baste un pasaje como ejemplo de sus reflexiones sobre Séneca:

No le quedaba sino la resignación. Resignación ante el poder humano, ante todo poder. Nada más antisenequista que la queja de Job, el pedir cuentas a la divinidad. Séneca no tenía en parte alguna a nadie a quien pedir cuentas. La razón impersonal no deja lugar a pregunta alguna acerca de sus injusticias. Vivía en la desolación total de quien acepta la razón por entero y luego la encuentra desvalida. Desvalida como se encuentra siempre la razón natural, cuando la misma naturaleza la desmiente. La razón natural, la razón que no se diferencia de la vida, coincidente con ella y que por lo mismo no sirve para explicarla, ni para trascenderla; todo lo más para soportarla. / Soportar la vida. Conllevarla dignamente. La dignidad es el único resquicio para el estoico, lo más parecido a la libertad personal, pero más conmovedor a nuestros ojos, porque no tiene horizonte alguno; dignidad a la desesperada. Por eso Séneca descendió a lo más impenetrable del ánimo español, por esta resistencia a la desesperada. Desesperación no cerrada a la esperanza, pues Séneca no define; su falta de fe misma le deja en cierto modo abierto a una posibilidad, pues tampoco posee una fe contraria, una fe negativa como Lucrecio. / Porque esta resignación es un ni creer ni no creer. Es ceder, ceder ante la muerte. Ceder a ser devorado por el tiempo o por el fuego. Eludir la existencia, que sale de

sí afirmándose, el salir fuera venciendo los acontecimientos, en un acto de decisión [...] Y Séneca llevó a su extremo, en su vacilante vida y en su serena muerte, esta resignación, esta especie de suicidio sutil que no lo parece a fuerza de serlo, pues el suicida se afirma desesperadamente, acusa y señala. La muerte senequista es la muerte del suicida que no quiere ni siquiera parecerlo, para borrar todo rastro de violencia y de protesta. (*El pensamiento vivo de Séneca*. Madrid, Cátedra, 1992, pp. 47-48).

En conclusión, María Zambrano ha ofrecido al mundo un pensamiento nuevo, expresado en su abundante obra filosófica, epistolar y en su único drama *La Tumba de Antígona*. Ese paso adelante que la humanidad ha dado llevada de su mano en el pasado siglo, mantiene aún viva la energía del impulso inicial, de tal forma que otros proseguirán el camino emprendido, aunque haya que aguardar varias décadas hasta que las consecuencias de sus reflexiones se asienten en el espíritu humano del siglo XXI.

En las páginas anteriores hemos pretendido sólo apuntar cómo esta pensadora hispana ha favorecido el desarrollo del pensamiento tomando impulso desde los orígenes filosóficos localizados en el Mundo Clásico, para proponernos una nueva alternativa, la Razón Poética, que es filosofía y poesía, hermanadas por un sentimiento de amor al hombre, con la esperanza de una vida en convivencia y de un hombre nuevo más integrado y solidario. Mas no todo lo relativo al Mundo Clásico ha sido aquí esbozado, pues María Zambrano abordó lo clásico grecolatino desde otras muchas perspectivas, ni tampoco su obra trató sólo acerca de los clásicos.

Su vida y su obra están enmarcadas en las coordenadas orteguianas de su tiempo (siglo XX) y de su espacio geográfico (Europa y América), y se caracterizan por un compromiso vivo y decidido para mejorar las condiciones concretas de la vida humana y para alcanzar un conocimiento mejor de esta vida; de ahí que su obra esté abierta a la reflexión sobre la actualidad y que figure en la vanguardia de la filosofía. Sólo que su impulso desde los clásicos grecolatinos le ha dado una trascendencia mayor, una dimensión histórica y universal superadora de lo cotidiano y de lo particular, y ha hecho posible que la fortuna de su obra se vaya acrecentando conforme pasan los años, conforme el número de sus lectores aumenta y conforme la energía vital que transmite su lectura vaya calando en el alma humana al sobrepasar los límites de lo poético (individuo) y de lo filosófico (general). Mas serán las generaciones futuras las que hayan de dar cuenta de su destino y de su alcance. En estas páginas hemos anunciado el centenario de su nacimiento; deseamos que ellas y éste sean un aliciente para sumar más lectores de sus escritos.